

INÉS PLANA

LO QUE NO
CUENTAN LOS
MUERTOS



Rita Marí, la heredera de una gran fortuna, sobrevivió a un accidente aéreo en el que murieron tres amigas suyas. Desde entonces, alejada de su marido e hijos, hundida en la culpa, vive recluida en su mansión al borde del mar, en Valencia. Un año después de la catástrofe, Rita desaparece sin dejar rastro y Julián Tresser, antes teniente y ahora capitán de la Guardia Civil de la UCO, protagonista de las dos novelas anteriores de Inés Plana, se traslada desde Madrid con su equipo para investigar el caso.

Ante él se alza un muro de incógnitas. ¿Quién era en realidad la esquiva Rita Marí? ¿Su desaparición ha sido voluntaria? ¿Quiénes eran los enemigos de esa mujer solitaria y depresiva? Pero, sobre todo, ¿será capaz Julián, también un superviviente de su propio pasado, de descifrar las claves ocultas de la desaparición y afrontar los retos de su presente?

*A Belén Bermejo. In memóriam.
Me cambiaste la vida e hiciste realidad mi sueño de la escritura.
Sigue llegándome tu luz, inmensa, nunca se apagará.*

A Narcís, mi compañero de vida.

*A María Luisa Calcerrada, mujer excepcional, por ser mi amiga y sentirme
por ello tan privilegiada.*

Entre las voces suaves y lejanas alguna vez se oye un grito de pánico.
Pero una herida es también un lugar donde vivir.

JOAN MARGARIT, *Nuestro tiempo*

No hemos escuchado las advertencias: cada segundo de reloj que dejamos atrás es un rito consumado, estamos un poco más muertos y no lo sabemos pobres cadáveres en vida, hediondos, ya ni siquiera sabemos que el infierno no pregunta por nosotros.

NARCÍS FERNÁNDEZ RUBIO, *Actos pedestres*

Capítulo I

La vida. Se acabó su poesía. Minutos antes, Rita les estaba contando a sus amigas que temía haberse dejado en el hotel de Koh Lipe su camisón de raso y encaje. No se recordaba a sí misma colocándolo en la maleta. Le dolía perderlo, era un regalo de su marido. Esas eran las cosas con las que entretenía su existencia, las que carecían de importancia, pero a las que ella dotaba de una intensidad inmerecida. Sus palabras sobre aquel camisón fueron las últimas que escucharon sus amigas Tere, Anabel y Mimi antes de morir. Tampoco esa bandada de pájaros que impactó contra los dos motores del avión sabía que aquel sería su último vuelo: los engulleron las palas de las turbinas, se oyó un ruido semejante al de una batidora triturando piedras, se desencajaron las piezas del engranaje y los motores dejaron de funcionar. Primero uno, y el aparato viró bruscamente hacia la derecha; después el otro. Sin potencia ninguna, el avión planeó erráticamente sobre una zona boscosa y se estrelló. Se partió en dos tras el impacto contra el suelo, justo en el área del pasaje donde viajaban Rita y sus amigas. Los asientos de aquella fila salieron disparados hacia el exterior. Instantes después, se incendió. El avión acababa de despegar del aeropuerto de Hat Yai y los tanques estaban llenos de queroseno. Rita no recordaría lo que ocurrió durante esos minutos finales, el desconcierto, el pánico, la certeza de una muerte segura, la esperanza vana de la salvación, las maletas cayendo sobre las cabezas de los pasajeros, los gritos mezclados con el soni-

do electrónico de las alarmas, las ramas de los árboles arañando las ventanillas, las miradas de terror que intercambió con sus amigas sin cruzarse entre ellas palabra alguna, sintiendo en sus cuerpos la violencia de la caída en vertical, enmudecidas ante lo inevitable. Todo eso su cerebro lo transformó en oscuridad, como si un interruptor hubiera apagado de repente el mundo.

Rita Marí despertó en las tinieblas, entre un humo negro que olía intensamente a combustible, en medio de un paisaje de oscuridad y árboles arrasados. Era como si pasara entre los mundos extraños de los sueños y la hubiera apresado una pesadilla. Pero sentía físicamente su ser, existía, se palpó el rostro, que le devolvió las palmas de las manos enrojecidas de sangre. Miró su cuerpo, también ensangrentado, encajado en el asiento del avión que la iba a llevar a la ciudad tailandesa de Chiang Mai. Oía gritos a su alrededor, los de quienes agonizaban, porque aquellos sonidos humanos se fueron diluyendo en el aire hasta desaparecer. Sus amigas. ¿Dónde estaban? Las llamó con una voz débil encerrada en un suspiro. «Tere, Anabel, Mimi...». Alzó la cabeza y expulsó de su garganta un grito que a la vez era lamento. Al bajar la vista, vio cómo manaba sangre de su pierna derecha, a borbotones. Una barra de hierro estaba hendida en medio de su muslo izquierdo. Se desangraba. No había nadie que la socorriera. Esa era la soledad que nunca había experimentado, la de la desolación de morir abandonada.

El joven militar español Eduardo Molaro también fue lanzado encajado en su asiento. Cuando abrió los ojos pensó que estaba en la guerra, en un paisaje devastado por bombas. Un golpe de viento disipó una de las densas columnas de humo negro y comprendió qué había sucedido al ver los restos del avión, un gigantesco montón de chatarra humeante en la que aún persistían las llamaradas del incendio.

«¡Malai! ¿Dónde estás?», gritó, se desesperó. Su esposa. Viajaban de luna de miel. Se habían casado hacía dos meses. Debía buscarla, pero el reposabrazos del asiento, o lo que quedaba de él, le había atravesado su rodilla derecha. Estaba tan inflamada que parecía una pelota. Intentó mover la pierna unos milímetros. El dolor tan penetrante de los huesos machacados casi le deja sin respiración. Había sangre en sus brazos, pero no sabía de dónde procedía. Miró a su alrededor, buscando al amor de su vida. Viajaban uno al lado del otro, recordó que habían entrelazado sus manos y se habían besado antes de despegar, pero su mente no se abría a ninguna imagen de lo que sucedió después. Si el avión había escupido su asiento al exterior, también lo habría hecho con el de Malai. La buscó con la mirada, entre aquella nieve negra que enturbiaba el aire. Todavía llevaba puesto el cinturón de seguridad, posiblemente le había salvado la vida, posiblemente a Malai también. Se desabrochó la sujeción e intentó ponerse en pie, pero sintió tal desgarró en su pierna herida que tuvo que sentarse de nuevo. Debía inmovilizar la rodilla, y lo hizo con una de las hojas de palmera que le rodeaban. Su asiento estaba en medio de la naturaleza aniquilada. Ramas caídas de los árboles, helechos rotos, pájaros muertos, orquídeas silvestres arrancadas de cuajo a la tierra, pero que aún conservaban su forma y color, los fucsias, los azules, como si la belleza se resistiera a perecer en aquel paisaje apocalíptico. Usó una parte de aquella recia hoja de palmera, también el cinturón de su pantalón y una manga que le arrancó a su camisa; con todo ello el militar entablilló su rodilla, lo hizo con cuidado, para no rozar el reposabrazos y lesionarse más. Con un movimiento rápido y doloroso, aunque menos que el anterior, se liberó del asiento, se sentó en el suelo y se arrastró hacia los árboles que tenía a su espalda, árboles gigantescos cuyas copas desaparecían entre la bruma cenicienta. Sus troncos eran en realidad robustas raíces aéreas que se descolgaban

desde lo alto como lianas. En uno de aquellos árboles espectrales la vio. Le pareció que era ella porque distinguió su camiseta malva con volantes de tul negro bordeando su escote. Estaba inerte sobre su asiento, encastrado entre dos ramas cerca del suelo, pero no lo suficientemente cerca de él para alcanzarlo. Los pies desnudos de Malai colgaban inertes desde lo alto, su rostro parecía mirar hacia el cielo, porque tenía los ojos abiertos, pero no había ya vida en ellos. Sangre oscura en su boca. Estaba muerta.

Quiso intentar bajarla del árbol, para abrazarla, despedirse, repetirle las palabras de amor que le había dicho en vida, pero no podía hacerlo sin ayuda. Encerró la cara entre sus manos, deseando sucumbir él también, maldiciendo al destino que la había elegido a ella. Escuchó entonces unos lamentos, abrió los ojos, una mariposa de alas negras y amarillas revoloteó en torno a él unos segundos y se alejó ajena a su tragedia. Tuvo la esperanza fugaz de que aquellos gemidos que escuchaba fueran los de Malai, que aún le quedara un aliento de vida, pero ella seguía exánime entre las entrañas del árbol. En una mínima explanada que le había ganado terreno al bosque, vio entre las tinieblas la figura de una mujer sobre otro asiento clavado en el suelo. Eduardo se obligó a reaccionar. Era militar, debía recuperar el control, quizá pudiera salvarla, lo consideró su deber. Se arrastró hasta llegar a ella. La pasajera se estaba desangrando, tenía seccionada la vena femoral a la altura del muslo, farfullaba unas palabras que no entendía, le caía la cabeza sobre el pecho y babeaba una saliva espesa.

–*Do you speak English, madame?* –Era una mujer de mediana edad, aunque no lo sabía con certeza. Su rostro estaba cubierto de sangre y suciedad.

–*Spain, from Spain* –susurró ella casi sin resuello.

–¿Eres española? Yo también. Me llamo Eduardo. ¿Y tú?

Ella pronunció su nombre en un suspiro: «Rita».

–Rita, escúchame, no te duermas –le pidió mientras, desde el suelo, se quitaba la camisa, la desgarraba más de lo que estaba y le hacía a ella un torniquete en el muslo. Lo ató y lo apretó con fuerza unos centímetros por encima de la herida y de la barra de hierro que le había seccionado la arteria y que, a la vez, la taponaba y frenaba así una hemorragia mayor.

–Mimi, Anabel, Tere... –musitó ella.

–Intenta mantenerte consciente, ¿de acuerdo? Pronto vendrán a ayudarnos. Ya se oyen las sirenas de las ambulancias –la tranquilizó; sí, por fin estaban llegando, se dijo con alivio y esperanza–. Háblame de ti. ¿De dónde eres?

–De Valencia. ¿Me estoy muriendo? –Pareció despertar de repente de su aturdimiento.

–No, claro que no.

–¿Es la femoral? –dijo ella, mirando su herida–. Paquirri el torero murió de lo mismo. No quiero...

–No pienses en eso, céntrate en seguir despierta. Vas a sobrevivir.

–Mimi, Anabel, Tere... –repetía los nombres como un mantra.

Cerró los ojos y se desmayó. Los abrió dos días después en la habitación de un hospital privado de Hat Yai, la populosa ciudad tailandesa de donde había despegado aquel avión que se estrelló a los pocos minutos de levantar su tren de aterrizaje.

Era el mes de abril de 2011. Rita y sus tres amigas habían viajado a Tailandia para realizar un retiro de cuatro días en Chiang Mai, la capital del antiguo reino Lanna, que aún conservaba sus trescientos templos budistas. Rita, Tere, Mimi y Anabel se habían conocido dos años atrás en una escuela de taichi de Aravaca, el barrio madrileño donde residían, uno de los más exclusivos de la capital. A las cuatro mujeres, ricas y ociosas, les apasionaba ese arte de la meditación en movimiento y la espiritualidad oriental, así que Rita las animó a vivir la experiencia de aquel retiro

en Chiang Mai, la ciudad más importante del norte de Tailandia, si bien antes se regalaron una semana de vacaciones en el sur del país, en la pequeña isla de Koh Lipe, un paraíso con un calmo mar turquesa, playas de arena blanca y peces de colores nadando entre aguas cristalinas.

Posiblemente Eduardo y Malai se hubieran cruzado con Rita y sus amigas paseando por la isla, que podía recorrerse a pie. Malai había nacido en Chiang Mai. De allí se fue siendo muy niña para emigrar a Europa con su familia, primero a Francia, finalmente a España, a Zaragoza. Eduardo y ella se habían enamorado dos años antes en un viaje en AVE desde la capital aragonesa a Madrid. Compartieron asiento. Él iba a hacer un curso avanzado de árabe en la Escuela de Idiomas del Ejército –se había familiarizado con el idioma durante una misión militar en Afganistán y quería perfeccionarlo–; ella viajaba para cursar un máster en programación informática de efectos especiales para el cine: a Malai le apasionaba crear mundos imaginarios en el ordenador. Al llegar a la capital ya se habían dado sus teléfonos. Antes de regresar a Zaragoza, cenaron y pasearon juntos por Madrid, felizmente aturcidos por un amor que acababa de nacer; el mundo de uno lo llenaba completamente el otro. Se casaron un año después en la basílica del Pilar. A la salida del templo, los compañeros militares de Eduardo les hicieron un pasillo de sables entre pétalos de rosas. Después, la luna de miel en Tailandia, en aquella isla para enamorados. Una semana más tarde, la visita a la ciudad budista donde Malai nació. Y se subieron a aquel avión –un chárter para noventa turistas– que jamás llegaría a su destino.

La tómbola que es la vida repartió pocos números: sobrevivieron tan solo cinco personas, tres australianos y dos españoles: Rita y el joven militar. La cercanía del aeropuerto de Hat Yai al lugar de la catástrofe permitió que fueran atendidos con la rapidez que exigía la situación y así pu-

dieron salvar sus vidas, no así sus almas, destruidas por la pérdida, ausentes de sus cuerpos.

Durante la semana de estancia en el hospital de Hat Yai, los dos supervivientes se buscaban el uno al otro, solo ellos entendían la magnitud de lo que les había ocurrido. A pesar de que el marido de Rita, Heliodoro, y la hermana de Eduardo, Jimena –ambos viajaron a Tailandia tras el accidente–, intentaban aportarles el necesario consuelo, nunca lo consiguieron. Eduardo y Rita no se perdonaban estar vivos y eso no lo podían explicar a los demás sin parecer unos ingratos ante aquella milagrosa segunda oportunidad que les había concedido la vida. A Rita le habían suturado la arteria tras una transfusión de cuatro bolsas de sangre. La única secuela que le quedaría sería un pequeño déficit de irrigación sanguínea en la zona, una estenosis que únicamente notaría en la fatiga de la pierna si caminaba demasiado. A Eduardo, con menor fortuna, le tuvieron que reconstruir la rodilla con varias prótesis e injertos de ligamentos, lo que le apartaría para siempre del servicio operativo.

Un año después, el destino volvió a escribir unas líneas más en sus existencias. Era verano, era de noche, Rita Marí y Eduardo Molaro se disponían a cenar una fideuá con cigalas en el jardín de la mansión que ella poseía en Alassar, a pocos kilómetros de Valencia. Los dos desaparecieron sin dejar rastro.

Capítulo II

Investigar una desaparición es como perderse en un bosque fagocitado por la niebla, sin que uno sepa dónde está ni hacia dónde debe encaminarse para encontrar la salida. En una desaparición hay pocos rastros que seguir, a veces puede que ninguno. Tampoco hay un cadáver que ayude a entender el crimen. Por no ser, una desaparición ni siquiera es un delito hasta que se demuestre que ha sido forzosa, involuntaria. Julián Tresser iba a enfrentarse a una investigación compleja, quizá la más complicada desde que se había incorporado a la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, la UCO. Pero él todavía no lo sabía. Estaba disfrutando de las últimas horas de vacaciones en la isla de Fuerteventura, un día de agosto más caluroso de lo habitual. Mientras el comandante Curosa, el mando de la unidad, ya comenzaba a valorar la posibilidad de que un equipo de la UCO se trasladara a Valencia para desentrañar la enigmática desaparición de Rita Marí y Eduardo Molaro, Julián intentaba enseñar a nadar a Luba, su hija. Ya había aprendido a flotar boca arriba hinchando los pulmones con los brazos en cruz, como una muerta que las olas mecían con delicadeza. Quizá, pensó la niña, alguien la estuviera observando desde allá arriba, desde planetas escondidos en el universo. Había leído que era infinito. Le excitaba formar parte de un todo que no tenía final, cuando ella había temido su propio fin tantas veces. «Si me canso de ti, te pego un tiro», le aseguraban los hombres que la esclavizaron. Los recuerdos de su vida eran el abu-

so, la violencia, la amenaza y el miedo. Ahora ya podía fabricar unos nuevos y bonitos. Tenía un padre, una casa y una gata. Estaba, por fin, dentro de la vida. Le producía vértigo haber resistido tanto tiempo fuera de ella.

–Ya es suficiente, Luba –oyó la voz de Julián, siempre junto a ella cuando se adentraba en el mar.

Desde hacía seis meses era capitán en una sección de la UCO, pero en aquellos momentos tan solo un padre al que le disgustaba ver a su hija flotando como un cadáver en medio del mar; quería intentar enseñarle a nadar. Se lo propuso, pero no hubo manera.

–Ya sabes mantenerte a flote, ahora solo falta que muevas brazos y piernas. Vamos, inténtalo, es nuestro último día. –A Julián el sol le estaba quemando la espalda, quería salir del agua y ponerse crema protectora, pero quiso aguardar a que Luba accediera a su petición.

–El próximo verano me atreveré, nadar es alejarse de la orilla y ahora me da miedo –se justificó mientras abandonaba su postura de *muerta* y se colocaba de pie, con el agua cubriéndola hasta la cintura, mientras que a Julián, con su uno ochenta de estatura, solo le llegaba a los muslos.

A Tresser le habían venido bien aquellas segundas vacaciones en Fuerteventura. Durante las primeras en la isla, dos años atrás, él era todavía teniente de la Policía Judicial de la Guardia Civil en Uvés, una localidad cercana a Madrid. Entonces eligió el mes de enero para pasar unos días en Morro Jable, un pueblo costero del municipio mayorero de Pájara, el mismo lugar donde se encontraba ahora en agosto. Este había sido el escenario donde Luba y Julián aprendieron a conocerse y a construir su futura relación de padre e hija cuando él la adoptó. Ni siquiera sabía entonces la edad real de la niña. La había rescatado de la prostitución infantil, era analfabeta y carecía de documento alguno sobre su identidad. Los médicos que la exploraron no le dieron más de diez u once años, así que

ambos establecieron el 13 de enero, cuando llegaron por vez primera a Fuerteventura, como el día de su cumpleaños. Luba sopló doce velas sobre una tarta de nata y fresas. Ahora tenía catorce y ya sabía leer, escribir y realizar operaciones matemáticas básicas. Pero no solo eso: había aprobado el preparatorio que le permitiría comenzar en septiembre el tercer curso de la ESO en el instituto, uno por detrás del que le correspondía por edad, pero el nivel alcanzado no daba para más. Había partido desde cero, desde un analfabetismo profundo. Estaba sorprendida de lo que había logrado ejercitando unas facultades que nunca pensó que tuviera, como el estudio, la memorización, la concentración, la constancia y la disciplina. Si bien estaba fascinada por todo lo que le prometía el conocimiento incesante de las cosas –la geografía del mundo, los reyes y las guerras, la magia de los números, el alma de las palabras a través de la gramática–, no lo estaba tanto ante su entrada en las aulas.

–¿Tendré que contar a los demás mi pasado de puta? –le preguntó a su padre, con la naturalidad con la que solía referirse a las pinceladas más crudas de su biografía.

–No hables así de ti misma, por favor. Siempre te insisto en que ese pasado ya no existe, Luba –recalcó con firmeza.

–Entonces tendré que inventarme otro.

Ya lo había hecho varias veces en los últimos meses. Sí, se inventaba un pasado nuevo o bien una versión del anterior, pero con otras palabras. «Tú eres viudo –le decía a Julián–, mi madre murió en un accidente con el coche, yo me deprimí y no quise estudiar, pero entonces tú me pusiste una profesora particular y ahora ya estoy bien y he vuelto a la escuela». Esa era la última vida inventada, pero Julián estaba convencido de que habría más, siempre con un padre viudo de cuarenta y siete años y una hija de catorce marcada por la ausencia materna. La realidad era que su verdadera madre, una adolescente musulmana

bosnia, se ahorcó cuando ella era una bebé, tras ser la esclava sexual de un grupo de mercenarios que lucharon en el bando serbio en la guerra de los Balcanes. Ya desde niña Luba había pasado de un hombre a otro, esclavizada también, pero de eso ella nunca hablaba. Mejor novelar la propia vida que relatarla desde el espanto de la verdad. Julián la entendía. Hacía muchos esfuerzos por comprenderla y, sobre todo, por acompañarla en su nueva vida, la real, con un padre adoptivo cuyas ausencias de casa, debido a su trabajo, le acribillaban la conciencia. Ahora disfrutaba de sus primeras vacaciones formando parte de la UCO, la élite de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Recién estrenado su empleo de capitán, el comandante Currosa lo había propuesto para que se pusiera al mando de una sección del grupo de homicidios, secuestros y extorsiones. «Me han hablado muy bien de su valía», le comentó cuando lo citó en su despacho. Tresser tenía prestigio en el cuerpo, había resuelto con éxito casos muy complicados y recibido medallas por ello. Al comandante le parecía un buen candidato para cubrir la vacante de un capitán que ya había pasado a la reserva. Tresser tuvo que enfrentarse antes a una dura y rigurosa selección, con entrevistas personales y diversos test psicotécnicos y de personalidad; ya se había sometido antes a otro escrutinio no menos importante para él: las evaluaciones de idoneidad durante el extenuante proceso de adopción de Luba. Desde hacía un año, ya era legalmente su padre.

Cuando el capitán fue admitido en la UCO, se despidió para siempre de la compañía de la Guardia Civil de San Lorenzo de El Escorial, en Madrid, donde había trabajado varios años como teniente de la Policía Judicial. Sus compañeros lo homenajearon con una cena que unió dos cuarteles, el de El Escorial y el de la localidad cercana de Uvés, donde residía y donde él y su unidad habían sido reacomodados mientras finalizaban las obras de rehabilitación –eternas– a causa de una aluminosis en el edificio